

CENTENARIO NACIMIENTO CARDENAL PIRONIO, 3 diciembre 2020

Celebrando esta tarde la Eucaristía, la Pascua del Señor, en este tiempo de Adviento y en la memoria del gran evangelizador de países y culturas lejanas, San Francisco Javier, nos unimos a los que, sobre todo en Argentina y en Roma, conmemoran como nosotros el centenario del nacimiento de nuestro querido Cardenal Eduardo Francisco Pironio. Hace cien años que el niño nacido en el seno de una numerosa familia de la provincia de Buenos Aires, apareció como un don de Dios para sus padres, para Argentina y para la Iglesia.

¿De qué manera mejor podríamos recordarlo hoy y aquí, en su querida Roma, sino repitiendo el Evangelio que acabamos de oír y que él tanto escuchó, meditó y anunció a través de su palabra y del su testimonio de vida? En el Evangelio de hoy podemos identificar la clave para entender e interpretar la vida y la muerte de nuestro querido hermano: “No son los que dicen “Señor, Señor”! los que entrarán en el Reino de los cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en el cielo”. Ese es el que ha construido su casa sobre roca y que no teme por ello ninguna adversidad: ni lluvias, ni torrentes, ni vientos, ni terremotos pudieron destruir esa casa. Esta Palabra sintetiza gráficamente lo que es la santidad cristiana y nos hace ver en toda su luminosidad la figura heroica de nuestro hermano.

Los que ha estudiado su vida, sus escritos e intervenciones, han resumido que todo Pironio está edificado sobre el amor del Padre y de la Trinidad, sobre la Cruz y la Pascua de Jesús y sobre María Virgen y Madre nuestra. Y, en extrema síntesis, el discernimiento y la obediencia a la voluntad del Padre es la clave para entender el legado que nuestro Cardenal ha dejado a la Iglesia y al mundo.

¿Porqué admiramos y queremos tanto al Cardenal Pironio? Porque él es un monumento de sabiduría que mana del humilde escuchar la Palabra de Dios, de su asimilación y de su encarnación en la vida porque poseído por el amor de Dios nuestro Padre, en la esperanza no efímera que nos abre al infinito y en la efusión de un corazón amigo que se abre solícito al hermano. Es esa sabiduría del Espíritu que en María hizo grandes cosas y que de discípula la transformó en Madre del Hijo de Dios. Solo así podemos comprender la intensidad de donación de la vida de un hombre, fundada en la fidelidad de Dios y fecundada por la alegre esperanza de la venida del Señor.

Su testamento, ese Magnificat repetido y repetido como un himno existencial, nos atestigua su indefectible fe en la promesa de Jesús y nos muestra que el extraordinario itinerario de su vida fue un ir al Padre, por Jesús, en el Espíritu y de la mano de María. Es cierto que nuestro Cardenal poseía un profundo saber teológico, que le daba el gusto de conocer y gozar de cada palabra del Evangelio, con esa convicción gozosa de que vivir para el Padre, en Jesús y en el Espíritu, es la verdadera gloria del ser humano. Como bautizado, como sacerdote, como obispo y como cardenal, nuestro hermano testimonió su fe con alegría, con dulzura y paciencia, preludios obligatorios para saber escuchar, para encontrar y acoger a los hermanos.

No obstante el peso de la cruz que marcó su vida y que él tanto siente y recuerda, en él nunca se apagó la sonrisa de su honda convicción de ser hijo de Dios y testigo de su gracia: en La Plata, en el Seminario de Villa Devoto, en su ministerio episcopal platense, en Avellaneda, en Mar del Plata, en América Latina (CELAM) y, sobre todo, en la Curia Romana como apasionado servidor de la vida consagrada y después de aquella parte mayoritaria del Pueblo de Dios, los laicos y laicas de nuestra Iglesia. Todos conocemos ese recorrido y sus detalles con admiración y deseos de imitarlo. Hasta el día de su muerte, purificado por el sufrimiento, mostró siempre que había salido del Padre y que volvía al Padre.

Su muerte, en febrero 1998, fué entrar en el gozo de su Señor, en la contemplación directa, cara a cara, de la Trinidad. Hasta ese momento había peregrinado de lejos hacia el Señor y a partir de su muerte lo vió tal cual es: “Soy feliz, Magnificat!” (Testamento)

Tu Magnificat, querido Cardenal Pironio, es el nuestro, un Magnificat al Señor por haber dado a la Iglesia en tu persona, en tus homilías, en tus escritos, en tus intervenciones, en tu amistad y en el testimonio de tu vida un ejemplo tan extraordinario de cristiano, de sacerdote, de Padre y Pastor.

Pedimos que no tarde el reconocimiento de la Iglesia a este Siervo de Dios, a este pariente de Jesús: “mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la practican” (Lc. 8,21; Mc. 3,35).

De esta manera nuestra Eucaristía hoy se transforma aquí, en la comunidad y fraternidad de sacerdotes argentinos en Roma, a los que nos unimos todos nosotros, en un íntimo acuerdo con nuestro Señor Jesús: celebraremos este centenario renovando nuestra alegría cristiana y sacerdotal y procuraremos siempre buscar y discernir la voluntad del Padre para que, animados por el Espíritu e impregnados de su Pascua, la hagamos carne en nuestras vidas.